

Alberto Zum Felde: *Proceso intelectual del Uruguay y crítica de su literatura*, Tomo 1. Imprenta Nacional Colorada, Montevideo, 1930, pp. 169-177.

El vacío que dejó en el ambiente literario la desaparición prematura de Adolfo Berro, fue ocupado por JUAN CARLOS GÓMEZ, quien inició su carrera el día mismo en que aquel fuera enterrado, y junto a su tumba, recitando un poema elegíaco.

Gómez, tan joven en aquel año 41 como su amigo muerto, continúa a Berro, por así decirlo, y llega a ser más plenamente lo que aquel sólo alcanzó a esbozar: el tipo representativo y simbólico del romanticismo, en el Uruguay: y si no por la obra, por la persona, al menos.

Juan Carlos Gómez es, en efecto, el más genuino representante de su generación romántica, así en las letras como en la política; y no por que haya realizado obra literaria de valor permanente, ni su acción política haya sido poderosa, pues en lo uno y en lo otro su talento se perdió en las encrucijadas de aquella “selva oscura” que dijera el Dante, sin encontrar ni la derecha vía de la realidad, ni la sombra sublime de Virgilio. Sus versos fueron blandas lamentaciones que se llevó el viento de la época: su predica, quimeras racionalistas, sin arraigo positivo en la vida nacional. Poseyó altas cualidades intelectuales de polemista y de poeta, pero no dieron frutos sustanciales y duraderos: las dispersó en efímeras quejas y en empresas utópicas. Padeció toda su vida — desde la mocedad hasta la vejez, sin que ni la madurez ni la experiencia llegaran a curarlo — el mal de un idealismo soñador que no tocó jamás en la tierra. A los cincuenta años, Gómez era el mismo “joven romántico” que a los veinte.

Dijimos que las biografías de aquellos hombres del 40, son más interesantes que sus obras; y que, más que sus escritos, vale lo que vivieron. Y a quien, de ellos, más atañe esa observación, es a Juan Carlos Gómez, perfecto héroe de novela romántica, encarnación del resurrección ideal caballeresco que Cervantes había enterrado.

El idealismo de la nueva andante caballería, cabalgando en sus quimeras sentimentales y armado de sus paralogismos racionalistas, vivía chocando y desgarrándose dolorosamente contra la realidad del mundo; del fracaso diario de sus ilusiones proviene el pesimismo romántico. El romántico puro era un quijote, que cada noche volvía a su casa maltrecho y desengañado. Por eso los románticos vieron en Don Quijote el símbolo del Idealismo, cosa que, antes, los humanistas no vieran; ni viera, a todo lo que se sabe, el mismo Cervantes. El bueno de Don Quijote empezó a ser personaje sublime sólo al entrar en relación con la conciencia romántica; en relación con la conciencia clásica o realista sólo es un personaje burlesco, como lo es, en opuesto sentido, el buen Sancho. Pero,

es natural que al resucitar la vieja idealidad caballeresca del Medioevo, — aun vestida de racionalismo liberal — los románticos vieran en el personaje de la sátira cervantina, el símbolo de su conciencia. Cada poeta — y no poeta — romántico se veía reflejado, como en un espejo convexo, en aquel andante caballero de la triste figura, quimérico paladín de todas las causas nobles y generosas, el más pulcro de los gentilhombres y el más razonador de los locos. Don Quijote, más que una sátira del viejo idealismo caballeresco, era un símbolo del nuevo idealismo romántico; y Cervantes, al escribir su novela, se anticipó dos siglos a aquel fenómeno de psicología histórica que comprende todo el Ochocientos. Sólo una época como la nuestra — la de este segundo cuarto del Novecientos — que ha empezado a dejar de ser romántica, puede ver a Don Quijote como sátira trágica del Romanticismo, a don Quijote devuelto a su significado original...

Juan Carlos Gómez es, en el ambiente platense, la más fiel encarnación de ese quijotismo. Otros, de su tiempo, fuéreronlo en la juventud; mas, en la madurez, tornáronse casi cuerdos. Gómez permaneció quijote recalcitrante hasta sus días posteriores; y más irreducible que el propio héroe cervantino, ni aun en su lecho mortuorio dio razón al ama y al barbero. Gómez murió — exilado, olvidado y pobre — con la celada puesta y leal a la memoria de su Dulcinea.

Toda su vida pública y privada es un romance caballeresco. Sus primeros versos juveniles inspirados por la muerte temprana de su amigo Adolfo Berro, son recitados ante esa tumba. Adolescente aún, se enamora de una mujer, despidiéndose de ella, al expatriarse cuando el Sitio, en rimas acongojadas. La pálida doncella de sus sueños, su ideal Dulcinea, se convierte luego en la esposa de un personaje del Cerrito, Don Carlos Villademoros, de quien ya dijimos su afición a las letras clasicistas. Muerta poco después, de una commoción nerviosa provocada por un bárbaro episodio del Sitio, Gómez, en su lejano exilio, permanece por siempre fiel al culto de aquel frustrado amor, llevando sobre el pecho el medallón con el retrato y el riso de la amada, cuyo recuerdo le acompañó hasta el fin de su desolada soltería. Cuando vuelve a Montevideo, su primera visita es para la tumba de Elisa, cuya memoria evoca en tiernas y dolidas estrofas.

Como otros jóvenes de su generación, peregrinó, errante, por ciudades extrañas, sin poder hallar hogar ni reposo, perseguido por la fatalidad de su destino, aliado, al parecer, de su enemigo, el tirano Rosas. Al cabo, logra establecerse en Chile, donde, por varios años, ocupa un eminente lugar en el periodismo y en el foro. Vuelto al país, después de la Guerra Grande, funda “El Orden”, abriendo desde sus columnas campaña decidida en pro de los puros Principios republicanos. Tal puro principismo — de cepa genuinamente romántica — está en radical oposición con las condiciones de la realidad político-social del país, en aquellos oscuros y confusos tiempos de caudillismo. Gómez piensa y escribe sin tener en cuenta el medio, como si se tratara de hacer

política en los países de Europa o en los Estados Unidos de Norte América. Naturalmente, es la suya de entonces una lucha en las nubes; y después de efímero ministerio, fracasa prácticamente, expatriándose por segunda vez. Transcurridos tres años, Don Quijote hace nueva salida: vuelve al país — que gobiernan los blancos — y emprende nueva campaña principista, tan irreal en sus términos como la primera. Deportado esta vez por el gobierno, su expatriación es ya definitiva. Se radica en Buenos Aires; y su idealidad política, navegando siempre a velas desplegadas por los mares de la utopía, se consagra a predicar, en vano, la reintegración del antiguo virreinato platense, fusionando el Uruguay y la Argentina.

El romanticismo político de Gómez fue ideología pura, y puro paralogismo, sin relación alguna con la realidad nacional. Despreciaba esa realidad, y esto fue, en política, su error fundamental. No estudió los fenómenos sociales propios del país, sólo quiso aplicar los principios de su derecho constitucional abstracto. No fue un estadista, fue sólo un andante caballero de los Principios, que agotó sus bríos y sus armas en combates quiméricos. Son famosas sus frases, tan vacías como grandilocuentes: "Yo soy una Idea que avanza triunfalmente al Capitolio de la Libertad", dijo una vez; y esa frase resume toda su política.

De su acción sólo queda una serie de brillantes artículos, que convencen de lo eficaz que hubiera sido su talento de polemista, de haberlo orientado en más positivas rutas; pero, entonces ya no sería Juan Carlos Gómez...

Sus últimas energías fueron para condenar al repugnante realismo que había invadido las letras y la filosofía; con su lanza en ristre, al pie del ruinoso castillo romántico, invocaba los enlutados númenes de su ensueño y desafiaba al combate a los vestigios groseros del Positivismo...

\*  
\* \* \*

Considerada en un plano de severidad crítica, la producción poética de Gómez es de valor escaso; como la de casi todos sus contemporáneos, carece esa su producción de toda originalidad y de todo vigor, siendo solo en sus motivos, en sus sentimientos, en sus figuras y hasta en su lenguaje, un reflejo del romanticismo europeo en boga; y sin que, dentro de ello, ofrezca ningún rasgo propio; hasta en el desaliño y trivialidad de la forma, se confunde con la turba romántica que en España y en toda Hispanoamérica llenaba el ambiente con sus quejumbres. Lo que acaso singulariza relativamente la poesía de Gómez dentro del ambiente platense — y no en sentido encomiable, por cierto — es haber representado en grado máximo, ese lirismo lúgubre y plañidero en que degeneró la dulce tristeza de Lamartine y el rebelde pesimismo de Byron.

Verdad que, hacia el 40, toda la poesía vestía de luto. Era la época de los

cementerios, de los cipreses y las tumbas, de las viudas veladas por crespones, de las amantes tísicas y de las novias muertas, de los amores desventurados, de los poetas exangües, desesperados y suicidas. Se vivía en pleno funeral romántico. El mal venía desde los orígenes; el primer héroe popular del Romanticismo, el joven Werter, fue un suicida. Desde entonces se pusieron de moda los cementerios; y los poetas se paseaban por ellos, solitarios, hacia el atardecer, vestidos de riguroso luto. No se puede leer a un poeta de aquel tiempo — aún a los mejores — sin tropezar a cada estrofa con la muerte, la tumba, el ciprés. Parece aquella una poesía de necróforos. Hamlet era querido por los románticos, especialmente por su monólogo en el cementerio, con el cráneo de Yorik en la mano. Padecieron de esa manía hasta los poetas de mayor fuste. Musset pedía que plantaran un sauce junto a su tumba.

Mas no era sólo en la postura y en los versos que la manía del sufrimiento y del luto se manifestaba. Aquella neurosis literaria era, asimismo, real; y los poetas no se suicidaban sólo en las novelas, ni sólo en las novelas las novias morían tísicas. Una epidemia de suicidios románticos pasó entonces por el mundo occidental, desde Alemania a Italia, y desde Rusia a Hispanoamérica. Al balazo de Larra en España respondió, como un eco, el de Asunción Silva, en Colombia. A la tesis que en Europa consumió a Musset, a Chopin, a Leopardi, correspondió la tesis que en el Plata mató prematuramente a Adolfo Berro y a Esteban Echeverría. Un estado psicológico sombrío — y un mucho ingenuo — hecho de exaltación idealista y pesimismo sentimental, cundió por el mundo así que se rompieron los diques intelectuales que el humanismo clasicista había construido en los siglos anteriores.

Juan Carlos Gómez fue, aquí en el Plata, el corifeo de ese lirismo luctuoso y gemebundo, que, del 40 al 75, hizo de la poesía uruguaya un mar de lágrimas. No se concebía al poeta sino llorando. Se iba al teatro a llorar con "Flor de un día". Para que un personaje interesara era forzoso que hiciera gemir. Como el héroe del drama de Camprodón, que hizo las plañideras delicias de nuestras abuelas, Juan Carlos Gómez no hacía sino repetir en todos sus cantos: "... sólo nací para llevar en mi alma — todo lo que hay de tempestuoso y triste". Los versos de Gómez son del mismo corte de los de Camprodón; y él mismo tenía, para su época, no sólo el prestigio de sus versos — que las damas uruguayas recitaban al piano, secándose las furtivas lágrimas con el pañuelo — sino el prestigio de su propia vida desdichada, que le daba perfiles romancescos.

Sólo como documento psicológico — de su persona y de su época — pueden leerse y reeditarse los poemas de Gómez; literariamente carecen de categoría. Su "Canto a la Libertad", una de sus primeras composiciones, anterior a su expatriación del Sitio, y que gozó de gran predicamento en su hora, no resiste, por su enfatismo y su trivialidad, a la más moderada exigencia crítica. Por lo demás, dióle la pauta a ese canto, — según informa el más adicto y documentado de sus biógrafos, Luis Melian Lafinur — un poetastro español de aquel tiempo infelice, el señor Bermúdez de Castro, que también fue

retumbante orador parlamentario y embajador pomposo en Roma, y cuyo olvidado reposo lamentamos tener que turbar con esta cita.

“Figueredo”, romance de asunto patriótico, leído en aquella tertulia literaria de su salón antes del Sitio, carece también de enjundia y de aliento; es ingenuo y pesado, e inferior aún a los romances del mismo género que escribió Adolfo Berro. Su asunto es la tribulación de un viejo gaucho, Figueredo, en la guerra contra la dominación brasileña; y pertenece a aquella falsa laya de nativismo en que los románticos del 40 malograron sus ambiciones de americanismo literario.

En los años que siguieron, durante sus andanzas y penurias en el Brasil, en Chile, en Buenos Aires, Gómez sólo cultivó el lirismo personal, desesperado y quejumbroso, sin lograr, empero, ninguna realización poética capaz de subsistir y sostenerse fuera de aquel ambiente sentimental de su tiempo, cuando eran sabidos de memoria y recitados — al son de alguna triste melodía — en las tertulias de los salones montevideanos. Todas sus estrofas son — como ya dijimos — lejanas reminiscencias de Lamartine y Byron, pasadas a través de la mala poética española.

Al regresar a Montevideo, en el 52, compuso, junto a la tumba de su amada Elisa, el poema de aquel amor desventurado; y no obstante ser este sentimiento uno de los más profundos y perdurables en su vida, las estrofas a Elisa son, como realización literaria, de lo más deficiente. Queda, pues, de don Juan Carlos Gómez, ya que no su obra, su figura característica en la historia de nuestras letras.